

Do las destrezas están,
Castigat quien los maltrata;
Que un monteruelo se mata
Con quien le fiere su can...

En aquella explosión de afectos de piedad fué más poeta que en todas sus sátiras; y las fibras del alma heroica de la Reina Católica debieron de palpitar compasivas cuando el Ropero le mostraba la llaga abierta del costado de Cristo, pidiendo por sus verdugos perdón al Eterno Padre. Verdad es que el poeta, según su pícara costumbre de gracejar á todo propósito, echa á perder el efecto de tan sentida deprecación, con este rasgo de formidable humorismo que pone al final:

Pues, Reyna de autoridad,
Esta muerte sin sosiego
Cese ya por tu piedad
Y bondad,
*Hasta allá por Navidad,
Cuando sabe bien el fuego* (1).

(1) Nunca han sido impresas en colección las poesías de Antón de Montoro, aunque lo merecían más que muchas otras. El códice que contiene mayor número de ellas es el de la Biblioteca de la catedral de Sevilla (vulgarmente llamada *Biblioteca Colombina*). De él se sacó en el siglo pasado la copia muy incorrecta que se halla en el ms. Dd—61 (folios 123 y siguientes) de la Biblioteca Nacional. De otra copia más exacta que nos ha facilitado el Marqués de Jerez de los Caballeros, nos hemos valido para el presente estudio. Pero aunque el códice de la Colombina sea del siglo xv, ó á lo sumo de los primeros años del siguiente, no está exento de errores del copista, y además no contiene todas las poesías de Montoro, faltando en él entre otras muchas, las notabilísimas que compuso con motivo de la matanza de los conversos. Una edición completa de las obras del Ropero exigiría, por consiguiente, un estudio comparativo de los diversos cancioneros manuscritos, especialmente de dos de la Biblioteca de Palacio y de uno de la Nacional de Paris (586 del catálogo de Morel-Fatio), así como también del *Cancionero* impreso de obras de burlas, y de las diversas ediciones del *General*.

III

Poeta de más culto y urbano gracejo que Antón de Montoro, de más cortesanos y caballerescos hábitos, de más dignidad moral, y también de mayores condiciones para la poesía elevada, se nos presenta Juan Alvarez Gato, que entre los ingenios del reinado de Enrique IV es el que sigue inmediatamente en mérito á los dos Manriques. Habiéndose conservado íntegro, por fortuna, el cuerpo de sus poesías, podemos conocerle y estimarle por completo (1).

Su apellido le publica madrileño, y de uno de los

(1) Existe este códice en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia; y ya en 1790, fecha del tomo III de los *Hijos de Madrid*, de Alvarez y Baena, en que por primera vez se da cuenta de él (pág. 101), carecía, como hoy, de las cinco primeras hojas. Probablemente se equivocó Baena creyendo que era el mismo original que Alvarez Gato dejó en herencia á sus sucesores. Es un manuscrito en folio, de 175 hojas. Las poesías profanas llegan hasta el folio 65: allí comienzan las de devoción, que quedan truncadas en el folio 73, faltando los posteriores hasta el 80, en que dan comienzo varios opúsculos en prosa, propios y ajenos del autor.

Amador de los Ríos, en las ilustraciones del tomo VI de su *Historia crítica*, puso íntegro el índice de las poesías, cuyo número llega á 82. Todavía permanecen inéditas, á excepción de las pocas (todas de amores) que hay en el *Cancionero general* de Castillo, y de las que dió á conocer Gallardo en el tomo I de su *Ensayo*.

más antiguos linajes de la villa, estrechamente emparentado con el de Luján; por lo cual hacen de uno y otro larga conmemoración los historiadores de ella, así Jerónimo de Quintana y Gil González Dávila, como el más moderno y diligente, Alvarez y Baena. Fué su padre Luis Alvarez Gato, señor del mayorazgo de su apellido en Madrid, y alcaide de sus reales alcázares en tiempo de D. Juan II, á quien había servido honrosamente en la guerra de Granada y en la batalla de Olmedo. No menos se distinguió en las armas el hermano mayor de nuestro poeta, Fernán Alvarez Gato, Comendador de Villoria en la Orden de Santiago, al cual sin fundamento atribuye Baena la *Breve Suma de la sancta vida del reverendísimo y bienaventurado D. Fray Hernando de Talavera, primer Arzobispo de Granada, copilada por un su devoto, el qual vido lo más que aquí dice, y lo demás supo muy cierto de religiosos é personas dignas de fe*, opúsculo preciosísimo que cierra el códice en que las obras poéticas de Juan Alvarez Gato se custodian, pero que no tiene con ellas más relación que la de haber sido copiada en el mismo libro, aunque por mano diversa (1).

Las noticias personales que tenemos de nuestro poeta se reducen á muy poco. Fué armado caballero por D. Juan II en el último año de su reinado (1453), ciñéndole el Rey su propia espada, que Alvarez Gato dejó vinculada en su mayorazgo. Sabemos que tenía parte de su hacienda en Pozuelo de Aravaca, y que allí le visitó más de una vez el Rey D. Juan, que gustaba mucho de su conversación y le llamaba su amigo. Sirvió con igual celo á D. Enrique IV, que se valió de él para sosegar las diferencias entre la ciudad de To-

(1) Esta biografía, que se atribuye comúnmente á Fray Alonso de Madrid, sirvió de fuente principal al P. Sigüenza para lo que escribió del Arzobispo Talavera en su maravillosa *Historia de la Orden de San Jerónimo*.

ledo y el Conde de Fuensalida. Conservaba el favor de la corte en tiempo de la Reina Católica, de quien fué mayordomo. Murió después de 1495, y fué sepultado en la iglesia del Salvador, capilla de Nuestra Señora de la Antigua. Destruída hoy aquella parroquia, se ignora el paradero de los restos del poeta. Los genealogistas nos han conservado el nombre de su mujer Doña Aldonza de Luzón, de quien no dejó hijos, pasando, por tanto, el vínculo que él fundó á la familia de su hermano.

Estas sencillas y verídicas noticias bastan para desacreditar una odiosa leyenda que acerca de Alvarez Gato se contiene en la *Miscelánea* del portugués García de Resende. Allí se le pinta como uno de aquellos advenedizos que el capricho de D. Enrique IV levantó del fango, y aun se le supone descastado y de malas entrañas. «Por ser hombre de criar é tratar ca-»ballos é mulas, vino á privar tanto que le dió el Rey »renta y estado cerca de sí. No hizo jamás bien á su »padre; y yendo con el rey camino, topando á su pa-»dre que venía con dos jumentos cargados, el padre »se quitó el bonete, y el hijo non le miró. Súpolo el »rey, y mandóle echar de la corte, diciendo que quien »non era para facer bien á su padre non se podía su »señor fiar de él.»

Quien tan mal informado estaba de la prosapia de Alvarez Gato y del oficio de su padre, mal puede ser creído cuando atribuye al ingenioso vate madrileño sentimientos tan ruines y de todo punto incompatibles con el noble y honrado espíritu que en sus poesías resplandece. Si cayó temporalmente de la gracia de Enrique IV, aun después de haber celebrado en algún tiempo la privanza de D. Beltrán de la Cueva, fué por un motivo que ciertamente le honra, y que en las rúbricas de sus coplas se consigna. «Al tiempo que fué herido Pe-»drarias por mandado del rey D. Enrique, parecióle muy mal (al autor), porque era muy notorio que le fué gran servidor, y por esta causa hizo las coplas siguientes, en

nombre d' un mozo que se despide de su amo, y algunos caballeros por esta razón se despiden del rey.» En esta sátira, á la cual muy pronto siguió otra enderezada más de propósito contra el mismo Rey, «*porque daba muy ligeramente de su corona*», Alvarez Gato se despide de la corte denunciando sin contemplaciones el abatimiento á que la majestad real había llegado, y lo poco que podía esperarse de la condición liviana y antojadiza del monarca, inconstante siempre en sus afectos y más temible para sus propias hechuras que para sus declarados enemigos:

Plásete de dar castigos,
Sin por qué;
Non te terná nadie fe
De tus amigos.
Y esos que contigo están
Cierto só
Q'uno á uno se t'irán
Descontentos, como yo.
Lo que siembras fallarás,
Non lo dudes:
Yo te ruego que te escudes,
Si podrás:
Qu' en la mano está el granizo,
Pues te plaze
Desfazer á quien te face,
Por facer quien te desfizo...
.....
Mira, mira, rey muy ciego,
E' miren tus aparceros
Que las prendas é dineros,
Quando mucho dura el juego,
Quédanse en los tablajeros...

El códice de las poesías de Alvarez Gato se divide en dos, ó más bien en tres partes, enteramente diversas de tono, como lo declara el mismo autor en esta copla:

Este libro va meitades
Hecho de lodo y de oro:
La meitad es de verdades,
La otra de vanidades,
Porque yo mezquino lloro;
Que cuando era mozo potro,

Sin tener seso ninguno,
El cuerpo quiso lo uno,
Agora el alma lo otro.

Comienza, pues, el libro con las que el autor llama «coplas viciosas de amores, pecadoras y llenas de mocedades», y prosiguiendo «habla en cosas de razón y al cabo espirituales, provechosas y contemplativas». Entre sus contemporáneos, sin embargo, parecen haberle granjeado más estimación las coplas de *mocedades* que las *espirituales* y *contemplativas*, como por lo general acontece. Lo cierto es que sólo aquéllas pasaron al *Cancionero general*, circunstancia, por otra parte, que nos permite subsanar la pérdida de las primeras hojas del códice, en que probablemente figurarían *el desafío de amor que hizo á su amiga*, las coplas al Conde de Saldaña «Vengo d' allende la sierra», y otras composiciones suyas que están en la grande antología de Castillo, y faltan en el códice de la Academia. Leídas unas y otras, hay que confesar que Juan Alvarez Gato fué uno de los más ingeniosos y amenos poetas eróticos del siglo xv. Su fantasía viva y risueña, su decir picante y agudo encubren la ausencia de verdadero sentimiento, y hacen perdonar los tiquis-miquis amorosos, porque se ve que en el fondo el poeta se burla de ellos. Esta nota, suavemente irónica, es lo más original que hay en las poesías juveniles del vate madrileño. Las mismas hipérboles con que gusta de encarecer su pasión, y que en su edad madura debieron de remorderle mucho la conciencia por lo irreverentes y aun sacrilegas, están dichas en un tono humorístico que amengua mucho la trascendencia de su intención pecaminosa. El autor baraja lo profano y lo sagrado con tal desenvoltura, que recuerda la de ciertas *doloras* de un célebre contemporáneo nuestro. Ve Alvarez Gato á su amiga un día de Viernes Santo «hacer los nudos de la pasión en un cordón de seda», y exclama:

Hoy mirándoos á porfia,
Tal pasión passé por vos,

Que no escuché la de Dios
 Con la rabia de la mía.
 Los nudos que en el cordón
 Distes vos alegre y leda,
 Como nudos de pasión,
 Vos los distes en la seda,
 Yo los di en el corazón (1).

Envía como extraño mensajero de amor á un romero que iba á pedir limosna á la Condesa de Medina, y dice en las coplas *hablando con el romero*:

Tú, pobrecico romero,
 Que vas á ver á mi Dios,
 Porque viva yo que muero,
 Que le pidas te requiero
 Limosna para los dos:
 Para mí qu'en balde afano
 Que quite cuyta y pesar:
 Para ti, bendito hermano,
 Que te toque con su mano;
 Que bien te podrá dar sano
 Quien á mí podría sanar.

.....
 No hay milagro que no faga,
 Mas que no quantos hoy son:
 Yo me tengo así creydo
 Que si llegas á su manto,
 Aunque agora vas tollido,
 Tornarás sano y guarido,
 Bien como si ovieses ydo
 Acullá al sepulcro santo.

En otras coplas, encareciendo el amor harto general y versátil que siente por las mujeres, se resbala todavía más, y dice tales impiedades que ni en broma pueden pasar:

Por vos, señoras, por vos
 Me fice hereje con Dios,
 Adorándoos más que á él.

Siquiera aquí el poeta reconoce su pecado; pero en

(1) Del mismo género son otras coplas en *Viernes de indulgencias, predicando la pasión*.

las coplas á una señora que vido en la cama, mala, hace gala de su culpa, mostrándose contumaz é impenitente:

Ganóme de tal manera
 Vuestro valer y virtud,
 Que os otorgo, aunque no quiera,
 Carta firme y valedera
 De mi alma y mi salud:

.....
 Ni me pueda arrepentir
 En ningún tiempo jamás;
 Y si con mucho servir
 Viere mi muerte venir,
 Entonces os quiera más:
 Ni pueda vevir sin vos,
 Ni faltaros en un pelo,
 Ni querer una ni dos,
 Ni decir que hay otro Dios
 En la tierra ni en el cielo.

Convengamos en que los escrúpulos del poeta cuando la edad le fué madurando el seso, no carecían de algun razonable fundamento; pero también es verdad que en algunas de sus coplas *pecadoras* campea un muy regocijado y en el fondo muy inofensivo donaire. Sirvan de ejemplo aquellas tan chistosas donde refiere cierta aventura nocturna, en que llegándose á hablar con su señora á la ventana «se quitó la señora y mandó ponerse á una vieja diforme» y el poeta «non lo entendió porque facía muy obscuro», desatándose luego en chistosas lamentaciones cuando llega á enterarse de que le habían dado

Por palacios tristes cuevas,
 Por lindas canciones nuevas
 Los romances de don Bueso;

alusión por cierto muy notable, y ya antes de ahora notada, que sirve para atestiguar la remota antigüedad de un tema de romances que no existe en las colecciones impresas, pero del cual perseveran vestigios en la tradición poética oral de Asturias y otras comarcas.

Versificador de los mejores Alvarez Gato, en tiempos en que el versificar bien era ya harto frecuente, mereció del mayor poeta de su tiempo, Gómez Manrique, el elogio de que *fablaba perlas y plata*. No sabemos que se ejercitase nunca en las estancias de arte mayor, pero en los versos cortos mostró gran discreción y gentileza, principalmente en las coplas de pie quebrado y en las quintillas, que tan adecuadas eran al culto discreto de su musa. Aun abusando de la alegoría, como todos los poetas cortesanos de aquel siglo, logra dar ligereza galante al *Desafío de amor* que propone á su amiga, y malicioso donaire á algunas composiciones breves, que son de lo más exquisito que en su línea puede encontrarse en los Cancioneros. Véase, por ejemplo, la excusa que da á una señora á quien servía, para no casarse con ella:

Decís: casemos los dos,
Porque deste mal no muera.
Señora, no plega á Dios,
Siendo mi señora vos,
Qu'os haga mi compañera.
Que pues amor verdadero
No quiere premia ni fuerza,
Aunque me veré que muero,
Nunca lo querré ni quiero
Que por mi parte se tuerza.
Amarnos amos á dos
Con una fe muy entera,
Queramos ésto los dos;
Mas no que le plega á Dios,
Siendo mi señora vos,
Qu'os haga mi compañera.

Sus versos suelen correr con tal garbo y gentileza, que hacen grata impresión en el oído y fácilmente se pegan á la memoria; v. gr.:

Qu'en vuestro poder consiste
Su ventura,
Como en manos del pintor
El pintar triste ó alegre
La figura.

Es la que sola nació
Más hermosa, más sentida,
La que Dios mismo pintó;
En quien él más se esmeró
Que en persona desta vida.

.....
Ante cuya perfección
Que tan estimada es,
Las ventajosas que son
Hacen según el pavón
Cuando se mira á los pies.

.....
Yo sentí el dolor más fuerte
De la gran saña de amores,
Sus congojas, sus temores,
Sus destierros y su muerte;
Mas ante éstos renovados
No hay razón por que se teman;
Que así son determinados
Como fuegos dibujados
Ante las brasas que quemán.

.....
Que vuestro cuerdo mirar,
Vuestro semblante tan bello,
Vuestro tañer y cantar,
Vuestro danzar y bailar,
Vuestras manos, vuestro cuello,
Vuestra pólida destreza,
Vuestro primor y sentir,
Vuestra extremada belleza,
Vuestra bondad y nobleza,
¿Quién que la sepa decir?

Erraríamos mucho si pensásemos que todos estos extremos los hacía Alvarez Gato por una misma dama. Pocos más lejanos que él del idealismo petrarquista, y pocos que con tanta franqueza hayan confesado la inconstancia de sus afectos, que como los del Archipreste de Hita parecen haber recorrido toda la geografía de Castilla y toda la escala social. Así suenan confundidas en sus versos *una señora de las de Guadalupe*, otra que *por estado y por quien era se llamaba la Mayor*, una *vizcaína* de quien se enamoró estando en *Lipusca*, unas *monjas devotas suyas*; y entre otras varias de quienes da menos señas, aquella belleza va-

letudinaria en obsequio de la cual compuso una estrafalaria alegoría del género farmacéutico, con título de *Regimiento de calenturas*, que puede citarse como prototipo y dechado de mal gusto. Alvarez Gato receta á su dama *almíbar de compasión*, *letuario de agradecer*, una *purga* en la voluntad, una *sangría en la vena de mudanza*, y una *dieta* de conservas,

Que serán, por no dañarme,
Las almendras socorrerme,
Las manzanas consolarme,
Las granadas alegrarme
Con azúcar de quererme.

Esta manera de prescripción facultativa no era ocurrencia enteramente original de Alvarez Gato. Ya en el antiquísimo libro del *Bonium* ó *Bocados de Oro*, traído al castellano de fuente oriental, como es notorio, en el reinado de Alfonso el Sabio, un físico de la India propone la siguiente *recebta de las melesinas para guarescer los pecados*: «Toma los rrayses de los estu-»dios... é la corteza de seguirlos, é los mirabolanos de »la humildad, é los mirabolanos de la caridad, é los »mirabolanos del miedo de Dios, é la simiente de la »vergüenza, é la simiente de la obediencia, é la si-»miente de la esperanza en Dios, é métnlo todo á co-»ser en la caldera de la mesura, é enciendan só ella »fuego de amor verdadero, é sóplenlo con viento de »perdón, é cuezga fasta que se alce la espuma del sa-»ber, é esfrieno al aire de vencer la voluntad, é bé-»banlo con devoción de buenas obras».

Pero dejando aparte toda esta farmacopea espiritual, es cierto que la tal doliente señora parece haber sido la predilecta de nuestro Gato (*el gato*, como se llama- ba á sí propio en los versos que la dirigió), ó á lo me- nos la que encendió en sus impresionables sentidos mayores llamas:

Vuele, vuele vuestra fama:
Que á mis ojos desvelados
Mejor pareceistes, dama,

Así mal en vuestra cama
Que las reynas en estrados:
Notando vuestros polidos
Razonamientos sin mengua,
Quanto abrien los oydos
Estavan enmudecidos
Los sentidos y la lengua.
.....

En obsequio de todas estas fugaces pasiones suyas, Alvarez Gato, que se preciaba, tanto y aun más que de poeta, de atildado cortesano, sacaba cada día no sólo nuevos motes y coplas, sino nuevos primores é inven- ciones en armas, trajes y arreos, como cuadraba á aquella liviana y fastuosa corte de Enrique IV y de la Reina Doña Juana. Una vez hacía bordar en su capa un canto de órgano, otro día sacaba una villa por ci- mera, ó un collar de oro con letras, ó un almete con esta divisa:

Por aquí
Combatieron, y me dí.

No siempre enviaba sus dulces mensajes con *rome-ros tollidos*: tenía también para tal servicio un esclavo negro, cuyo color le suministraba fáciles antítesis para ponderar la blancura de su dama. Era diestro jugador de cañas, y de esta habilidad se valía para lanzar á los tejados de sus amigas *coplas envueltas en una vara*. No sólo trabajaba en sus propios amores, sino tam- bién en los ajenos, según mala costumbre de antiguos poetas, que en Lope había de tomar visos de compli- cidad y tercería. No son raros en las poesías de Alva- rez Gato epígrafes como estos: «Ayudando á un ca-»ballero su amigo para con una dama que sirve». «A »D. Pedro de Mendoza, hermano del duque D. Diego »Hurtado... en que cuenta una habla que ovo con una »señora, que sirve D. Pedro, no conociéndola.» «Al »duque, viniendo camino, donde vido una señora que »él deseaba servir y loava mucho.»

En relación más honrosa le presentan otras poesías

suyas con los principales ingenios de su tiempo, tales como el ya citado Gómez Manrique, su inmortal sobrino D. Jorge, el capitán de Jaén Hernán Mexía, D. Diego López de Haro y otros tan insignes por sus letras como por su cuna. Según uso de los antiguos trovadores, no perdido aún en tiempo de los Reyes Católicos, solían dirigirse preguntas más ó menos ingeniosas, para responder por los mismos consonantes, del modo que lo mostrará este principio de una linda *requiesta* de Gómez Manrique, respondida por Álvarez Gato:

Manrique.

Fizieron tal impresión
Vuestras palabras en mi
Sosegado corazón,
Que después que las oí
Nunca jamás se reposa
Un momento, ni sosiega,
Como el azón de Noruega
Hace con hambre rabiosa...

Álvarez Gato.

Es esta qu'os da pasión
Sobre cuantas damas vi,
Como brasas con carbón,
Sayales con carmesí,
Las espinas con la rosa,
La gentil con la mariega;
Todo el valor se la llega
Sin dexar ninguna cosa...

Pero con ser Álvarez Gato poeta de sociedad aristocrática por su nacimiento, por sus amistades y hasta por particular é ingénita disposición de su numen, no sólo honró y protegió, según era entonces de buen tono, á poetas semi-vulgares y de humildísimo oficio, como el mozo de espuelas Mondragón, cuya *virtud y humildanza* pondera en unas coplas que, á modo de carta de recomendación, envió al capitán Hernán Mexía;

sino que á imitación del Marqués de Santillana, gustó de imitar los fáciles ritmos de la poesía del pueblo, y fué de los primeros ingenios artísticos que deliberadamente comenzaran á glosar letras y cantares del vulgo: fenómeno de gran consecuencia artística, que continuaremos haciendo notar en los mejores poetas del tiempo de la Reina Católica. Y esto lo hizo no solamente en lo profano, sino también en lo sagrado. Véase alguna muestra de este segundo género, la cual no disonaría entre los mejores villancicos de Juan del Encina, maestro en este género de cantarillos lírico-musicales:

*Venida es, venida
Al mundo la vida.
Venida es al suelo
La gracia del cielo
Á darnos consuelo
Y gracia complida.
Nacido ha en Belén
El qu'es nuestro bien:
Venido es en quien
Por él fué escogida.
En un portalejo,
Con pobre aparejo,
Servido de un viejo,
Su guarda escogida.
La piedra preciosa
Ni la fresca rosa
No es tan hermosa
Como la parida.
Venida es, venida
Al mundo la vida.*

De igual modo glosó, entre otros cantares cuyo origen popular reconoce (*que disen ó traen los vulgares*), las siguientes letras, *enderezándolas á lo espiritual* y seguramente conservando la música que las acompañaba.

Quita allá, que no quiero,
Falso enemigo;
Quita allá, que no quiero
Que huelgues conmigo.

Dime, señora, di,
 Quando parta desta tierra
 Si te acordarás de mí.

 ¿Quién te truxo, rey de gloria,
 Por esta montaña escura?

 Solíades venir, amor;
 Agora non venides, non.

 Amor, non me dexes;
 Que me moriré...

y una que él llama *sonata*, y empieza:

Nuevas te traigo, Carillo...

Estas reliquias populares, tan inesperadamente conservadas, son lo que da más precio á la parte sagrada del *Cancionero de Alvarez Gato*, la cual por lo demás es inferior á la profana, y adolece un tanto del cansancio de la senectud. Pero no puede dudarse de la ardiente y sincera devoción que inspiró todos estos versos. En Alvarez Gato hubo, al traspasar las cumbres de la edad madura, una completa transformación moral, que sorprendió á sus más íntimos amigos, á Don Diego López de Haro, por ejemplo, «viéndolo tan mudado de las cosas que solía conversar con él». Pero «lo juzgó á la mejor parte como han de hacer los buenos», y ciertamente no se equivocaba. Entonces fué cuando Juan Alvarez, renegando de los mundanos devaneos en que habia perdido miseramente la flor de su juventud, se *despidió del mundo con la voluntad*; oró *al pie del Crucifixo que está en Medina*; pidió gracia al Sacramento para vencer los tres contrarios del alma; invocó en ferviente plegaria á Nuestra Señora para que fuese iris de paz en las tormentas del reino, *que estaba lleno de escándalos*; y, finalmente, buscó la dirección espiritual de Fray Hernando de Talavera, «*el más notable perlado de vida y enxemplo que ha habido en nuestros tiempos*».

En estos piadosos y loables temas ejercitó exclusivamente el ingenio durante sus últimos años, aunque sin resignarse á quemar sus versos antiguos, puesto que unos y otros los reunió en un mismo *Cancionero*. Pero entre el período erótico y el místico hubo uno intermedio, en que el estro de Alvarez Gato, comenzando á desasirse ya de las vanidades que hasta entonces le habían servido de poderoso acicate, pero sin levantarse todavía á las puras regiones de la virtud ascética, hizo obra de moralista profano y de poeta satírico en la más noble acepción de la palabra, buscando la raíz de las tiranías y discordias que afligian al reino. Su *muy grande amigo*, el capitán Hernán Mexía de Jaén, le habia dirigido unas coplas, ciertamente notables, en que por medio de una serie de enérgicas interrogaciones, mostraba con dolor y vergüenza que en Castilla no quedaban ni buenos regidores, ni alcaldes justificados, ni buenos religiosos, ni leales ciudadanos, ni limpios abades, ni nobles escuderos, ni simples labradores, ni viejos prudentes, ni franqueza, ni gentileza, ni piedad, ni justicia, ni mesura, ni hidalguía, ni buena conciencia, y acudía á Juan Alvarez, *como al físico el doliente*, para que le declarase la razón de tantos males. Juan Alvarez respondió en el mismo metro; y esta respuesta es sin duda la mejor de sus obras poéticas, la que le da un puesto más inmediato á los dos Manriques y superior á los demás ingenios de su tiempo. Al revés de Montoro y del autor de las *Coplas del Provincial* y de tantos otros que al revolver el fango de su tiempo se salpican con él, y apenas saben levantarse de la difamación personal y efímera, Alvarez Gato, inspirado por mejor numen, eleva la sátira á la dignidad de función social, y al paso que increpa con libre acento á grandes y pequeños, á los pastores de la Iglesia que no se cuidan de su grey, á los abades que *convidan á las bodas de sus hijos*, y en suma á todos los que andan «desacordados, zahareños y revesados de temer y amar á

Dios», nota como causa de todo ello que el calor de la fe se va resfriando en los corazones; y acierta á encerrar la indignación de su alma creyente y honrada, en frases tan enérgicas y sentenciosas como éstas:

Somos malos á porfía
Y muy contentos de sello...
.....
Las virtudes son perdidas,
Muertas son con negros velos,
Si los niños ternezuelos
No les dan vida de nuevo (1).

(1) Inseparable del nombre de Alvarez Gato debe ser el de su amigo el capitán Hernán Mexia, veinticuatro de Jaén, que se asemejó mucho al poeta de Madrid en las dotes del ingenio, aunque fuese menos fecundo que él. Además de las coplas políticas ya citadas, que no se hallan en los *Cancioneros* impresos, sino en el manuscrito de Alvarez Gato, conocemos de Hernán Mexia nueve composiciones insertas en el *General* de Castillo (números 115 á 124 de la edición de los *Bibliófitos españoles*). La primera es un diálogo entre el *pensamiento* y el *seso*; pero la más notable es sin duda la sátira contra las mujeres, escrita á imitación de la de Torrellas, según en ella misma se declara:

Perdonad, Pero Torrellas,
Mis renglones torcederos...
Poder del padre Corvacho,
Saber del hijo Torrellas,
Dad á mi lengua despacho
Porque diga sin empacho...
Socorred por Dios, Torrellas,
Y tú, valiente Bocacio,

Pero la sátira de Mexia es tan superior á la de Torrellas en donaire, viveza y felices rasgos de costumbres, que sin escrúpulo puede contarse entre las mejores poesías de este reinado; y hasta el severísimo Quintana la incluyó (algo mutilada) en las *Poesías escogidas* de nuestros Cancioneros y Romanceros, que reunió para la *Colección Fernández* (tomo XVI). Una de las estrofas malamente suprimidas por Quintana atestiguan lo populares que eran todavía á principio del siglo xv los temas novelescos del ciclo bretón y cuánto gustaban de ellos las mujeres:

Deseo que las inflama,
Ya que cansadas están,

Ejemplo señalado de la poca equidad con que suele repartir la fortuna literaria sus favores, nos ofrece el insigne poeta castellano Gómez Manrique, injusta-

En tal lición las derrama:
Cuál amó más á su dama,
De Lanzarote ó Tristán:
Si amó con mayor desseo
A Lanzarote Ginebra
O á Tristán la reina Iseo...

Hay en estas coplas reminiscencias, no solamente de Boccacio, sino del *Corbacho* castellano del Arcipreste de Talavera, especialmente en el pasaje en que se describen los afeites y atavíos de las mujeres:

Ya se tranzan los cabellos,
Ya los sueltan, ya los tajan,
Mil manjares hacen dellos,
Van y vienen siempre á ellos
Sus manos que los barajan,
Crescen y menguan las cejas,
.....
Tórnanse frescas las viejas,
Las amarillas, bermejas,
Las blancas como la nieve...

También admitió Quintana en su primera Colección unos versos amorosos de Hernán Mexia (*á una partida que hizo de donde su amiga estaba*) en el modo y estilo de los de Guevara, ó Diego Sánchez de Badajoz:

Iba de negro vestido,
El rostro triste y lloroso;
Passo á passo y desmayado
Por unos montes perdido
Sin nunca esperar reposo:
La barba lleva crecida